

COMISIÓN DE PASTORAL LITÚRGICA
Parroquia de San Pedro Mártir de Verona

Subsidio litúrgico
para celebrar en familia la

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios
Ciclo B



- Durante la emergencia sanitaria -



Domingo 1 de enero, 2021

RITOS INICIALES

Reunida la familia en el lugar más acorde que hayan dispuesto para la celebración (hay que prever un pequeño altar: con un crucifijo, el cirio pascual o un par de velas encendidas, y un signo que recuerde el tiempo de pascua) y en un ambiente de silencio y recogimiento interior y exterior, tiene lugar la siguiente celebración que podrá ser guiada por quien haga cabeza en la familia.

Puede entonarse un canto apropiado, o el siguiente:

*Vamos pastores, vamos. Vamos a Belén.
A ver en ese niño la gloria del Edén (2).*

1. ¡Ese precioso niño! Yo me muero por Él
Sus ojitos me encantan Su boquita también.

El padre le acaricia La madre mira en Él Y los dos
extasiados Contemplan aquel ser Contemplan aquel ser

*Vamos pastores, vamos. Vamos a Belén.
A ver en ese niño la gloria del Edén (2).*

Terminado el canto, el que guía dice:

En el Nombre del Padre † del Hijo, y del Espíritu Santo

Todos se santiguan y responden: Amén.

Saludo

Luego el guía dice:

Bendigamos a Dios Padre, que nos reúne en nombre de Cristo para que unidos con toda la Iglesia estemos en comunión los unos con los otros por la fuerza de su Espíritu Santo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre Señor.

Enseguida, hace la siguiente monición:

Hoy comienza un nuevo año y sinceramente nos deseamos unos a otros todas las bendiciones de Dios: buena salud, bienestar, armonía en la familia, felicidad... Este día, al celebrar la fiesta de María, Madre de Dios, incluimos también, con seriedad e insistencia, deseos y plegarias por una paz, profunda y duradera, en un mundo acosado por la violencia, conflictos y luchas fratricidas, ya que María nos dio a Jesucristo, Príncipe de la Paz. Que nuestro sentido de justicia y unidad, de perdón y aceptación mutua, cree la atmósfera propicia en la que la paz pueda crecer en nuestros corazones, en nuestros hogares, en el mundo entero.

Súplica de perdón

A continuación, el guía, invita a todos a pedir perdón, conscientes que quien necesite celebrar el sacramento de la Penitencia lo ha de buscar al paso de la contingencia sanitaria. El guía invita al arrepentimiento:

Busquemos en Dios y en los hermanos la paz que procede del perdón y de la reconciliación, para participar más profundamente en esta eucaristía que nos une a todos en Cristo.

Se hace una breve pausa de silencio.

Después el guía dice:

En nuestros hogares y en nuestras comunidades con frecuencia hemos fallado en difundir alegría y paz. Perdónanos, Señor:

R. Señor, ten piedad.

Muchas veces nos inhibimos y damos poco ánimo y apoyo a los que luchan, sin violencia, por la justicia y la paz. Perdónanos, Señor:

R. Cristo, ten piedad.

Hemos fallado tantas veces en decirnos unos a otras palabras de perdón y de paz. Perdónanos, Señor:

R. Señor, ten piedad.

El guía concluye con la siguiente plegaria:

Ten piedad de nosotros, Señor, perdona nuestros pecados. Cólmanos con tu Espíritu de Paz y llévanos a la vida eterna.

Todos responden: Amén.

Acabada la súplica de perdón, el guía dice la siguiente oración:

Señor Dios, que por la fecunda virginidad de María diste al género humano el don de la salvación eterna, concédenos sentir la intercesión de aquella por quien recibimos al autor de la vida, Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

R. Amén

Puede proclamarse el himno del Gloria.

LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas del día, opcionales:

1ª Lectura: Del libro de los Números 6, 22-27

2ª Lectura: De la carta del apóstol san Pablo a los gálatas 4, 4-7

Como preparación a la escucha del Evangelio, y permaneciendo de pie, un miembro de la familia proclama el siguiente salmo, diciendo:

Oremos con el Salmo:

del salmo 66, 2b. 3. 5abd. 7. 8b

R. Bendito seas, Señor, para siempre.

Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros.
Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. **R.**

Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. **R.**

Que te alaben, Señor, todos los pueblos, que los pueblos te aclamen todos juntos. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero. **R.**

Puede dejarse un momento de silencio contemplativo.

Antes de la proclamación del Evangelio se canta: *Aleluya, Aleluya, Aleluya.*

Entonces el que guía dice: **Escuchen hermanos el santo Evangelio según san Lucas** 2, 16-21

En aquel tiempo, los pastores fueron a toda prisa hacia Belén y encontraron a María, a José y al niño, recostado en el pesebre. Después de verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño y cuantos los oían, quedaban maravillados. María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.

Los pastores se volvieron a sus campos, alabando y glorificando a Dios por todo cuanto habían visto y oído, según lo que se les había anunciado.

Cumplidos los ocho días, circuncidaron al niño y le pusieron el nombre de Jesús, aquel mismo que había dicho el ángel, antes de que el niño fuera concebido. **Palabra del Señor.**

Todos aclaman.

Gloria a ti, Señor Jesús.

Luego el que guía los invita a sentarse y guardar un momento de silencio.

Puede leer la siguiente reflexión:

Reflexión

Son múltiples los aspectos que contiene este día, dentro del tiempo navideño en que celebramos el misterio de la encarnación del Hijo de Dios: octava de Navidad, circuncisión y nombre de Jesús, maternidad divina de María, jornada mundial de la paz y comienzo de un nuevo año... La maternidad divina de María es, sin embargo, la idea más relevante de este día litúrgico, como se destaca en las oraciones de la misa y, sobre todo, en la segunda lectura: “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer”. Esta solemnidad celebra la parte que ella tuvo en el misterio de la salvación y exalta la singular dignidad de que goza la Madre santa, por la cual merecimos recibir al

“Autor de la vida”... Con el concilio de Éfeso (año 431) confesamos, por eso, que María es la “Madre de Dios”, por ser ella quien dio la naturaleza humana a Cristo Jesús.

La aceptación de la maternidad divina por parte de María es, ante todo, un acto de fe y de obediencia libres por las que coopera activamente –y no como un instrumento meramente pasivo– a la salvación de los hombres. Por eso Isabel la llama “dichosa”, porque ha creído a la palabra de Dios con su afortunado “hágase en mi según tu palabra”:... San Agustín acentúa la relación existente entre la fe de María y su maternidad divina, subrayando que ella concibió a Cristo por la fe en su alma antes que en su cuerpo, de suerte que más mérito y dicha es para ella el haber sido discípula de Cristo, cumpliendo la voluntad del Padre, que el haber sido madre de Jesús (Cfr. LG 53. 56).

La maternidad divina es la razón básica de la dignidad sin igual de María y la clave de toda otra grandeza... En María se realizó el hecho más sorprendente de toda la historia humana: el encuentro de Dios con el hombre. Encuentro tan personal que la Palabra eterna –el Hijo del Padre– se hace humano en María y se encarna en nuestra raza. Creer en la humanización de Dios es creer en la “divinización” del hombre, pues el Hijo de Dios se hace hombre para que éste se convierta en hijo de Dios. La maternidad de María es, así, el Puente que une las dos orillas. Por eso y, con razón, la bendecirán todas las generaciones.

Enseguida, juntos hacen la profesión de fe, que en el contexto del tiempo de Pascua puede ser con el llamado “de los apóstoles”.

Guía: El Señor Jesús resucitado, nos da su luz para redescubrirlo presente aún en medio de la adversidad. Iluminados por esa luz, y como signo de comunión con nuestros hermanos en la fe, digamos juntos:

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padece bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.
Amén.

Preces

Luego el guía continúa, con las preces.

Levantemos, hermanos, nuestra voz suplicante al Señor y, por la poderosa intercesión de su Madre, imploremos la misericordia divina en favor de toda la humanidad

Después de cada petición diremos: Padre, escúchanos.

Lector:

1. Para que toda la Iglesia, a imitación de María, medite y conserve en su corazón y anuncie con celo lo que ha oído del Hijo de Dios, **roguemos al Señor.**
2. Para que los hombres de todas las razas y pueblos descubran que tienen un único Dios, Padre de todos, y nunca se comporten como enemigos unos de otros, **roguemos al Señor.**
3. Para que, en este año que comienza, llegue a la presencia del Señor el lamento de los que sufren a causa de las guerras y pronto puedan experimentar el retorno de la paz a sus hogares y naciones, **roguemos al Señor.**
4. Por las nuevas mamás, para que se den cuenta de las bendiciones que Dios derrama sobre sus bebés y reciban ellas la ayuda y el apoyo que necesitan para hacerle frente a sus formidables responsabilidades, **roguemos al Señor.**
5. Por todos nosotros, para que optemos por mostrar misericordia hacia las personas que necesitan del perdón, las que necesitan apoyo y las que necesitan cariño, aun cuando sea un desafío y sobre todo cuando nos es un desafío, **roguemos al Señor.**
6. Por los enfermos de nuestra parroquia, por todos los que sufren de Covid-19, y por todos los que han muerto durante esta pandemia. **R.**

Después el guía, inicia la oración dominical con estas palabras.

Guía: Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro...

Luego el guía invita a los presentes a desear la paz entre ellos. Evitando el saludo de manos, pueden realizar un signo externo para manifestar este deseo.

Comunión espiritual

Una vez expresado el deseo de la paz, tiene lugar la Comunión espiritual. Entonces el guía dice:

Guía: Recordemos que la “la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa” y que, la Comunión espiritual que “es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Creo, Jesús mío, que estás verdaderamente en el Santísimo Sacramento del altar; te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte en mi interior. Pero ya que ahora no puedo hacerlo sacramentalmente, ven al menos espiritualmente a mi corazón. Y como si ya hubiera comulgado, te abrazo y me uno todo a Ti. Señor, no permitas que me separe de ti.

Después de un momento de silencio sagrado, se concluye con la siguiente oración.

Guía:

Señor, que estos sacramentos celestiales que hemos recibido con alegría sean fuente de vida eterna para nosotros, que nos gloriamos de proclamar a la siempre Virgen María como Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos aclaman: Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

Luego el guía invoca la bendición de Dios, y al mismo tiempo que él se santigua, los demás también lo hacen, diciendo:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos aclaman. Amén.

Puede concluirse con el siguiente canto:

*Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador.
Adiós, oh, Madre mía.
Adiós, adiós, dios.*

1. De tu divino rostro
me alejo con pesar;
permíteme que vuelva
tus plantas a besar.

*Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador.
Adiós, oh, Madre mía.
Adiós, adiós, dios.*

2. Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador,
dulce prenda adorada,
de mi sincero amor.